JOSE LUIS CANO

UN AMOR TARDIO DE ANTONIO MACHADO: GUIOMAR

Todo lector de la poesía de Machado recuerda sus bellas «Canciones a Guiomar», que figuran en sus *Poesías completas* sólo a partir de la tercera edición, publicada por Espasa Calpe en 1933, pues aunque la anterior edición —segunda de sus *Poesías completas*— es de 1928, fecha probable del encuentro del poeta y Guiomar, en ella sólo recogió Machado poemas suyos hasta 1925. Las primeras canciones a Guiomar que ven la luz pública aparecen en la *Revista de Occidente,* en el número de septiembre de 1929 [1]. Es el momento de plenitud, de exaltación apasionada de «su diosa», como gusta de llamarla Machado:

> ... Tu poeta
> piensa en ti. La lejanía
> es de limón y violeta,
> verde el campo todavía.

Este eufónico nombre de Guiomar parece evocarnos romances moriscos, pero es nombre de origen germánico, según me aseguró don Ramón Menéndez Pidal, y se usó en Castilla y Portugal hasta el siglo XV [2], y también por los mozárabes toledanos del siglo XIII. ¿Por qué escogió Machado ese bello nombre de Guiomar para designar a su diosa en sus poemas? Yo creo que en esa elección del poeta

---

[1] Son cuatro: las que comienzan: «En un jardín te he soñado», «Por ti la mar», «Tu poeta piensa en ti», «Hoy te escribo en mi celda de viajero».

[2] Guiomar de Meneses se llamaba la mujer de Jorge Manrique, poeta favorito de Machado.

había soterrado un recuerdo del Romancero. Sabemos que Machado era un apasionado lector de romances y que se sabía muchos de memoria. Lectura favorita suya desde sus tiempos de estudiante era la colección de romances reunida por su ilustre tío don Agustín Durán, y todos sabemos con cuánta fortuna cultivó él mismo el romance en «La tierra de Alvargonzález». Yo imagino que Machado, al escribir sus «Canciones a Guiomar», recordaría el hermoso romance de la infanta Guiomar que figura en la *Primavera y flor de romances* y que Wolf encontró en un pliego suelto de la Biblioteca de Praga. Sin duda impresionó a nuestro poeta la serena belleza, según el romance, de esta infanta mora, hija del rey moro Jafar:

Ya sale Guiomar
de los baños, de bañar,
colorada como la rosa,
su rostro como cristal.

Pero volvamos a la Guiomar de Machado. Y ya es hora de que nos preguntemos, ¿quién era esa misteriosa Guiomar, tan bellamente cantada por el poeta? No han faltado lectores de Machado que han querido ver en Guiomar una pura creación imaginativa del poeta, una criatura soñada por su fantasía, sin realidad alguna. El mismo Joaquín Machado, hermano del poeta, ha escrito: «Guiomar no fue nunca la mujer física, sino la poética, de Antonio Machado, como Dulcinea de nuestro señor don Quijote»[3]. Ciertamente, una lectura superficial de una de las canciones a Guiomar podría hacerlo creer así. Me refiero a la muy conocida, que dice:

... Guiomar, Guiomar,
mírame en ti castigado:
reo de haberte creado,
ya no te puedo olvidar.
... ...
Todo amor es fantasía,
él inventa el año, el día,
la hora y su melodía:
inventa el amante, y más,

[3] En carta a Jerónimo Mallo, insertada por éste en un artículo «Sobre el grande y secreto amor de Antonio Machado». *Cuadernos Americanos*, núm. 1 de 1952, México.

la amada. No prueba nada
contra el amor, que la amada
no haya existido jamás.

Ahora bien, me parece un error interpretar estos versos *ad pedem literae.* Yo creo que Machado quería decir lo que dice, y no otra cosa, pero ese decir entraña un sentido que acaso ha escapado a la mayoría de sus comentaristas. Decir que «todo amor es fantasía», que el amor «inventa», no es precisamente negar el amor. «Inventa el amante, y, más, la amada», dice Machado. Ciertamente. Todo amante inventa, crea a su amada, a su amor. Pues desde que se ama, se deja de ser el que se era, para convertirse en otro, en otra, distintos del de antes. «Soy otra desde que me quieres», dice la modistilla a su novio, la gran dama a su amante. Y el mismo Antonio Machado confiesa a Guiomar en una carta: «Nada de cuanto escribo me satisface, porque quisiera hacer algo que no se parezca en nada a lo escrito hasta aquí. Porque tú 'me has hecho otro hombre' con tu cariño, y ese otro no ha cantado todavía.» Es decir, cada amante se convierte en una «invención» del que ama. Y así Guiomar era una «invención», una creación de Machado, como todo amor, aun el más vulgar, lo es desde el alma del amante. Pero al mismo tiempo Guiomar era un ser real, una criatura de carne y hueso. La publicación en 1950, por la novelista Concha Espina, de las cartas de Machado a Guiomar [4], aunque lamentablemente truncadas, vino a darnos la razón a los que siempre creímos que las «Canciones a Guiomar» no eran pura fantasía, sino que detrás de Guiomar había algo más que una diosa: una mujer real. Cierto que en el epistolario publicado por Concha Espina sólo en una de las cartas aparece el nombre de Guiomar, pero aunque no apareciese sería lo mismo. La demostración más palpable de que Guiomar y la destinataria de las cartas son la misma mujer la tenemos en un hecho fácil de observar: y es que la correlación de estas dos expresiones, «mi diosa» —a veces diosa mía— y «tu poeta», que usa Machado en casi todas las «Canciones a Guiomar», se repite con frecuencia en las cartas, revelándonos que esas dos fórmulas expresivas —«mi diosa» y «tu poeta»— eran las que solía usar Machado cuando se dirigía, en versos o en cartas, a su amada. Ya lo hemos

[4] Concha Espina, *De Antonio Machado a su grande y secreto amor,* Edit. Lifesa, Madrid, 1950.

visto en las «Canciones». Veamos ahora algunos fragmentos de cartas: «Sí, es verdad, se me ilumina el rostro cuando te veo. Es que, como dice Gonzalo de Berceo, me sale fuera la luz del corazón, y esa luz es la que pone en él mi diosa...» Y en otra carta: «Sueño con verte. ¡Ojos y labios de mi diosa! ¡Su cuerpo tan precioso y tan defendido por el alma que lleva dentro! Todo para mí se ilumina cuando te veo. ¿Cómo has conquistado a tu poeta? Tú tan serena, tan suave, ¡tan fuerte! ¿De qué sustancia invisible es la cadena que me echaste al cuello? Todo sin pretenderlo. Esa es la diferencia entre la mujer y la diosa. La mujer se propone atraer, a la diosa le basta ser para dominar.» Es evidente, pues, que esta diosa de las cartas no es otra que la misteriosa Guiomar de las canciones.

Pero a estas alturas seguramente se habrá ya preguntado el lector: ¿Y por qué tanto secreto y tanto misterio? ¿Por qué Machado ocultaba cuidadosamente el nombre de su amada, hasta el punto de que ni siquiera sus hermanos conocían la existencia de tales amores? Algunas alusiones de las cartas parecen revelarnos la clave del secreto: Guiomar era, sin duda, una mujer casada. En una ocasión habla Machado, en efecto, de «la barrera que ha puesto la suerte entre nosotros», y de que la culpa de todo lo que les separa no es de su diosa. ¿Cuál puede ser, pues, esa barrera sino el matrimonio de Guiomar? El caso es que el poeta y Guiomar han de extremar su prudencia y guardar celosamente el secreto de sus amores. Machado quizá recordaba una cancioncilla suya que yo creo alusiva:

¿Ya sientes la savia nueva?
Cuida, arbolillo,
que nadie lo sepa.

Y nadie lo supo, en efecto. Los amantes se citaban a última hora de la tarde, «la hora del último sol», en un café de barrio, «en nuestro rincón», como le dice siempre Machado. Una vez ella le pide que no se acerque ni pase por su calle, y Machado le escribe: «En el tren, solo y pensando en mi diosa, y viéndola con su traje azul en su balcón:

Hora del último sol.
La damita de mis sueños
se asoma a mi corazón.

Es otra imagen adorada —continúa Machado— para el recuerdo y sólo para el recuerdo: el balcón de la diosa. Pero fiel a tu mandato, no he vuelto a pasar por allí. ¡Adiós altar de mis oraciones, donde a mi manera solitaria tanto peregriné!» Esa imagen, un poco romántica, ¿no recuerda la de otro gran poeta andaluz, Gustavo Adolfo Bécquer, paseando por la calle de la Luna para contemplar a la bellísima Julia Espín en el balcón de su casa?

En otra ocasión, Guiomar debió reprochar a su poeta «el torpe aliño indumentario», al que él mismo alude en su famoso «Autorretrato»: «Ya conocéis mi torpe aliño indumentario.» Y al reproche de su diosa contesta Machado: «De mi indumentaria cuidaré también: aunque requiere algunos días. Soy apático para ocuparme de esas cosas y, además, me gasto en libros lo que otros emplean en indumentos. Pero de ningún modo consentiré desagradar a mi diosa. Además, un académico no puede ser demasiado Adán.» Esta última frase nos sirve de indicio para saber la fecha del encuentro, o al menos de los comienzos del amor entre el poeta y Guiomar, fecha que debe localizarse hacia 1927, pues en ese mismo año es invitado Machado a ocupar un sillón en la Academia Española.

Pero si volvemos a las cartas, ellas parecen revelarnos otro punto de reunión del poeta y su diosa: la humilde casita de Machado en Segovia, en el callejón, bien mísero por cierto, de los Desamparados, donde el poeta pasaba tres días de cada semana, escapando a Madrid en cuanto se lo permitía su trabajo. Como la habitación está fría, el poeta, además del brasero en la camilla, manda encender una estufilla de petróleo para que Guiomar no se enfríe. «Mis vacaciones se acaban sin remedio —escribe en una de las cartas—. Volveré a mi rincón de los Desamparados. Y ahora, el Eresma seguramente no suena, pues, según me dicen, se ha helado el pobrecillo. Pero en la noche vendrá mi diosa a ver a su poeta. Procuraré que la habitación no esté demasiado fría, aunque mi diosa es tan buena y tiene tanto calor en su alma, que no le asusta el frío ni el viento cuando va a acompañar a su poeta.» ¿Son estas citas puramente imaginarias, como afirma Concha Espina en su libro? El texto de las cartas y las referencias concretas al frío de la habitación y a la estufilla parecen afirmar lo contrario, es decir, que tales citas existieron. En todo caso, lo que a mí me parece evidente es que Machado adoraba a Guiomar como poeta y como hombre. «Te amo

con todos los sentidos», le escribe una vez. Y en otra: «Lleno de ti, diosa mía. Abrasado me tienes de un fuego del que tú eres inocente sin duda. En él quiero consumirme.» Y no obstante, en una de las cartas leemos una frase que parece afirmar el carácter puramente espiritual de renuncia a lo carnal, que tuvieron estos amores. La frase es ésta: «Dices en tu carta, diosa mía, que si no me cansaré yo de un cariño con tantas limitaciones. Considero esto muy absurdo y no pienso siquiera que lo escribas en serio... No, tu cariño es para mí tan esencial que es la razón *sine qua non* de mi vida. Está ya por encima de toda eventualidad y a cubierto de todos los ataques. Cuando en amor se renuncia —aunque sea por necesidad fatal— a lo humano, demasiado humano, o no queda nada —es el caso más frecuente entre hombres y mujeres—, o queda lo indestructible, lo eterno. ¡Ay! Yo no dudo de mí. Pero tú, reina mía, ¿no serás tú la que algún día te canses de este pobre poeta?»

Y, sin embargo, ni el poeta ni Guiomar se cansaron de su amor. Sólo la guerra española, como veremos en seguida, al separarlos geográficamente en julio del 36, pudo acabar con una pasión que, siendo humana, había arraigado en nuestro poeta con fuerte raíz espiritual. En efecto, basta leer sus cartas a Guiomar para darse cuenta de que ese amor de Machado fue algo serio y profundo: una auténtica pasión amorosa, aunque pasión tardía; y parece increíble que alguien lo haya negado. Recordemos algunas expresiones del poeta en sus cartas a Guiomar. Cuando ella, en una carta, se muestra celosa, al enterarse de que él ha tenido un encuentro con otra dama, le escribe Machado: «A ti y a nadie más que a ti, en todos los sentidos —¡todos!— del amor, puedo yo querer. El secreto es sencillamente que yo no he tenido más amor que éste. Mis otros amores sólo han sido sueños, a través de los cuales vislumbraba yo la mujer real, la diosa. Cuando ésta llegó, todo lo demás se ha borrado. Solamente el recuerdo de mi mujer queda en mí, porque la muerte y la piedad lo han consagrado.» Y en otra carta insiste: «En mi corazón no hay más que un amor, el que tengo a mi diosa. Tampoco tu poeta es capaz de acompañar un amor verdadero con caprichos de la sensualidad. Esto es posible cuando el amor no tiene la intensidad que el mío, su hondura, su carácter sagrado.» Y, finalmente: «Porque tú eres —no lo dudes— el gran amor de mi vida.»

Y después de leer estas frases, yo me pregunto, ¿qué

derecho tenemos a dudar de la sinceridad de esas palabras del poeta? Lo digo porque no ha faltado, como apunté antes, quien haya negado el carácter profundo de ese amor, juzgándolo sólo como una ligera aventurilla de la carne. En un artículo que se publicó en la revista mejicana *Cuadernos americanos* (núm. 1 de 1952), afirmaba su autor que Guiomar debió ser «una jamoncita de buen ver, algo ligerilla de cascos». Y en ese mismo tono añadía que puesto que las cartas del poeta habían ido a parar a manos de doña Concha Espina, lo más probable es que Guiomar fuese «una señora religiosa, derechista y reaccionaria».

Pero la verdad es que las cartas del poeta nos revelan no sólo que su amor fue intenso y profundo, sino que Guiomar era una mujer culta y sensible, a la que Machado solía incluso consultar sobre materias de su propia creación literaria. Cuando el poeta está escribiendo su comedia en verso *La Lola se va a los puertos,* le dice a Guiomar en una carta: «Nuestra Lola avanza. Cuando termine la escena final, te la leeré para que me digas tu opinión, y sobre todo para que nadie la conozca antes que mi diosa. ¿No soy tu poeta? Con ese título quisiera yo pasar a la historia. Lo que a ti no te guste se borra y se hace de nuevo.» La opinión de Guiomar debió ser muy favorable, pues al poco tiempo Machado le escribe: «¡Cuánto me alegra que te gustara la Lola! En efecto, creo yo también que es de un andalucismo más hondo y esencial que el de los autores de teatro. Y cuando a ti te gusta, que eres el gusto mismo y el talento, y —todo hay que decirlo— la más juncal y salada de las mujeres, algo bueno tendrá la escena.» Y a continuación añade: «¿Dices que hay algo nuestro en la comedia? En todo lo que yo escribo y escribiré hasta que me muera, estás tú, vida mía. Todo lo que en la Lola aspira a la divinidad, todo lo que en ella rebasa del plano real, se debe a ti, y es tuyo por derecho propio.» Esta carta debe fecharse hacia fines de 1929, puesto que *La Lola se va a los puertos* se estrenó en el teatro Fontalba de Madrid el 8 de noviembre de ese año.

Pero debo ya terminar esta historia de amor, cuyo final, como suele ocurrir en las historias de amor de los poetas —aunque hay, claro es, excepciones— no fue nada feliz. Al editar las cartas a Guiomar, nos dice Concha Espina que la guerra del 36 separó geográficamente al poeta y su diosa. Machado quedó en la zona republicana, en Madrid, y Guiomar en la zona nacional. Pero aunque no nos lo hubiese dicho

Concha Espina, lo habríamos sabido por un hermoso soneto de Machado, escrito probablemente en 1937, durante la guerra, cuando el poeta vivía en el pueblecito de Rocafort, cercano al mar. Es el soneto que empieza:

De mar a mar entre los dos la guerra
más honda que la mar. En mi parterre
miro a la mar que el horizonte cierra.
Tú, asomada, Guiomar, a un finisterre,

La alusión al Finisterre galaico es muy clara, y nos revela que Guiomar pasó la guerra en Galicia o quizá en Portugal.

Es evidente que el poeta sufrió entonces de ausencia, y tuvo un presagio de olvido y muerte. De esas horas en que el recuerdo de Guiomar era punzante y doloroso, es esta breve canción que figura en sus *Poesías completas:*

Tengo un olvido, Guiomar,
todo erizado de espinas:
hoja de nopal.

Ahora bien: Machado sostiene en sus prosas de Juan de Mairena que el olvido es necesario para que renazca y se complete el amor. Y en sus cartas a Guiomar defiende una teoría del amor apoyada en la fatalidad del olvido y en el poder del recuerdo. He aquí sus palabras: «Cuando nos vimos, no hicimos sino recordarnos. A mí me consuela pensar esto, que es lo platónico. Esta teoría del recuerdo en el amor puede también explicar la angustia que va siempre unida al amor. Porque el amor verdadero —no lo que los hombres llaman así— empieza con una profunda amargura. Quien no ha llorado —sin motivo aparente— por una mujer no sabe nada de amor. Así, el amante, el enamorado, recuerda a la amada, y llora por el largo olvido en que la tuvo antes de conocerla. Aunque te parezca absurdo, yo he llorado cuando tuve conciencia de mi amor hacia ti: por no haberte querido toda la vida.»

Con esta teoría de Machado, del amor como recuerdo, se enlaza otra que el propio Machado pone en boca de su complementario Juan de Mairena, quien, comentando las ideas de su maestro Abel Martín, nos dice así: «Pensaba mi maestro... que el amor empieza con el recuerdo, y que mal se podía recordar lo que antes no se había olvidado.» Y a continuación, para expresar poéticamente esta teoría, cita Mairena este poema de su maestro Abel Martín:

Sé que habrás de llorarme cuando muera
para olvidarme luego, y luego
poderme recordar, limpios los ojos
que miran en el tiempo.
Más allá de tus lágrimas y de
tu olvido, en tu recuerdo,
me siento ir por una senda clara,
por un «Adiós, Guiomar, enjuto y serio».

O dicho con menos palabras, en una de las soleares del poeta:

Escribiré en tu abanico:
te quiero para olvidarte,
para quererte, te olvido.

¿Murió Guiomar, según nos dice Concha Espina, en la primavera de 1943, «en plena juventud, bellísima y desolada»? La última vez que vio a Machado debió ser a fines de 1935. La guerra los separó para siempre, y Guiomar debió sufrir, en triste soledad del corazón, la muerte de su poeta en febrero de 1939.

Poco es lo que sabemos, al final de esta pesquisa, de la misteriosa Guiomar: que era una mujer bella y culta, de ojos claros, que su pelo era «negro, inconfundible», que se llamaba Pilar[5], y que tenía una gran sensibilidad para la poesía... ¿Nada más sabemos de este amor de Machado? Si una mujer es, sobre todo, un aroma, una mirada, una voz, Guiomar está viva aún —y más que viva, inmortalizada—, en esas cartas de amor del poeta y en las bellísimas canciones que Machado le dedicó:

Y en la tersa arena,
cerca de la mar,
tu carne rosa y morena,
súbitamente, Guiomar[6].

Poesía española del siglo XX, Ediciones Guadarrama, Madrid 1960, págs. 109-126. Nueva versión.

---

[5] Por el soneto que empieza así: «Perdón, Madona del Pilar, si llego...», ya incorporado a las *Poesías completas* de Machado.

[6] Hoy parece ya identificado Guiomar con una distinguida poetisa que vive aún. Respetemos su deseo de no revelar públicamente su nombre. De este modo seremos fieles al deseo del poeta, que quiso mantener siempre el secreto de esos amores con «su diosa».